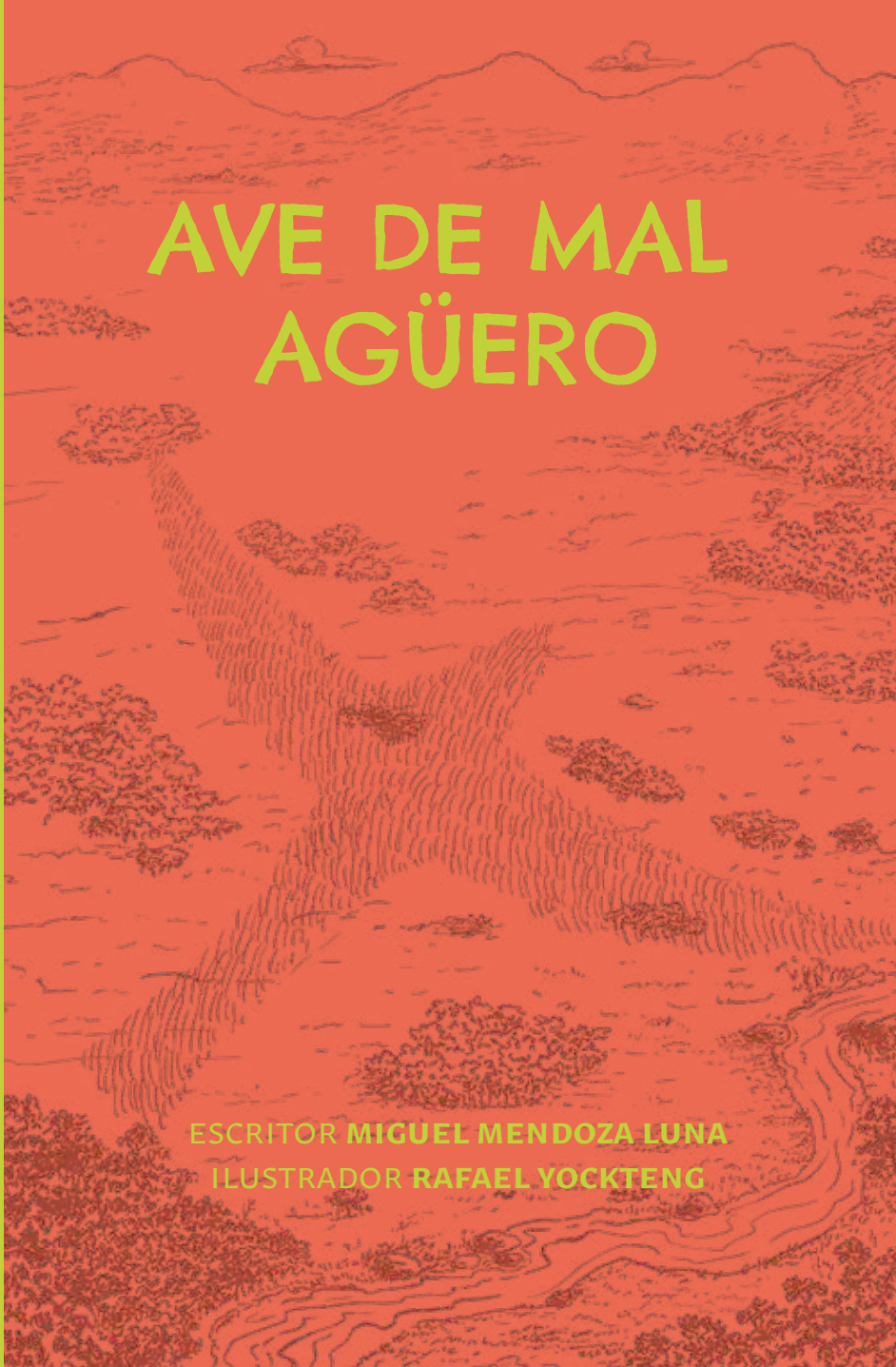
Cuando los pájaros no cantaban: versión para niños y niñas

AVE DE MAL AGÜERO



ESCRITOR **MIGUEL MENDOZA LUNA**
ILUSTRADOR **RAFAEL YOCKTENG**





AVE DE MAL AGÜERO

AVE DE MAL AGÜERO

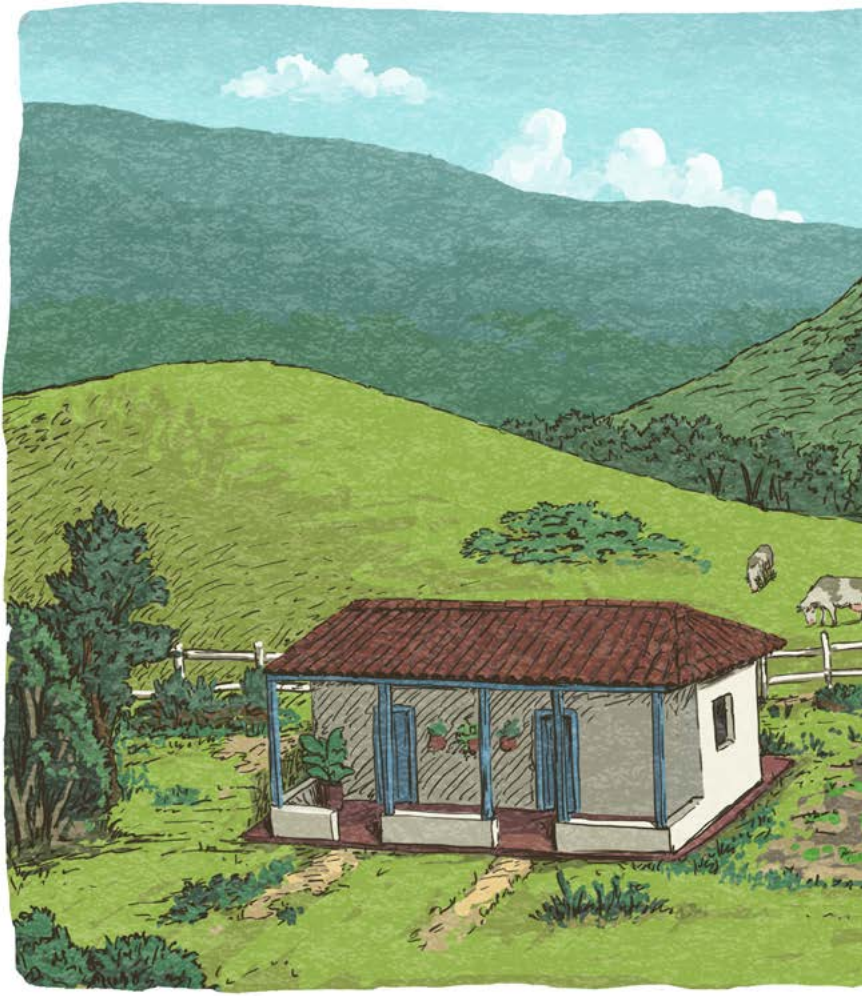


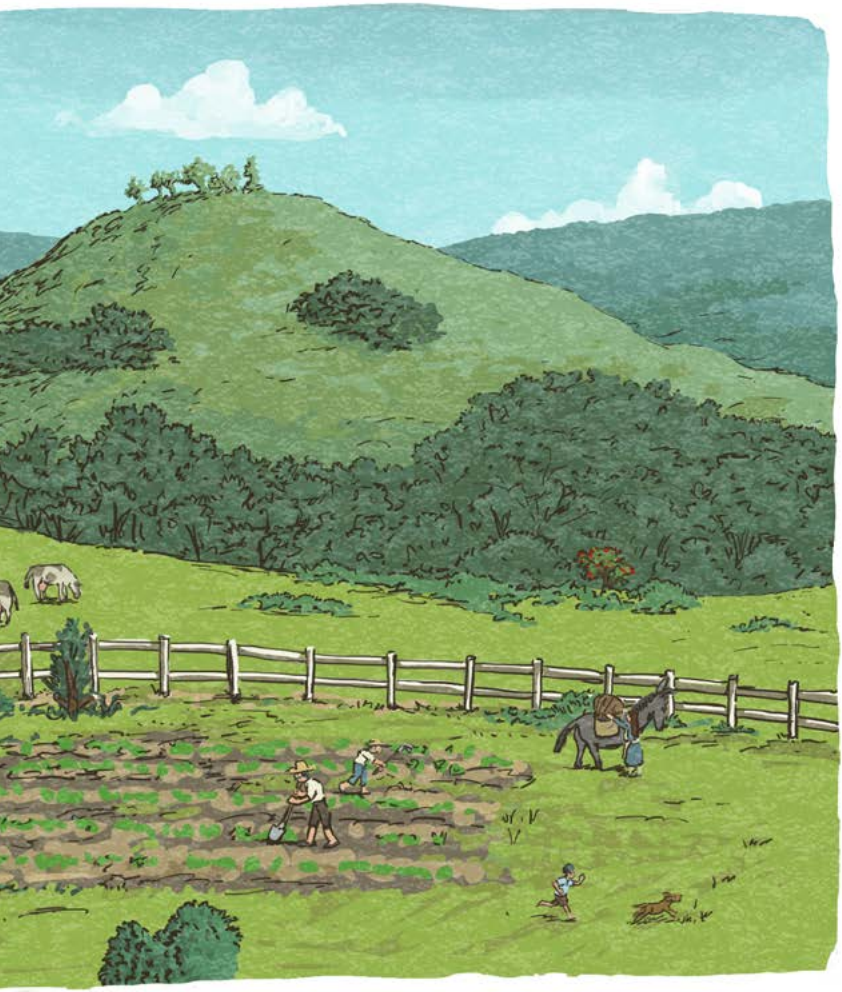
Escritor Miguel Mendoza Luna
Ilustrador Rafael Yockteng

Esta colección es un homenaje a la vida y la memoria de Ana María Cuesta León (QEPD)

Fuimos y le dijimos a mamá: «Mire, mire,
no es un espíritu, es un pájaro».

EN EL CAMPO LE DABAN INTERPRETACIONES A ESO
CUANDO LOS PÁJAROS NO CANTABAN, *TOMO TESTIMONIAL*







SOL DE FUEGO

Mi papá, mi mamá, mi hermano y yo vivíamos felices en nuestra finca, en El Salado, lejos del frío del páramo. Era una finca pequeña, pero con una casa grande y amplios corredores. Teníamos animales y sembrábamos nuestra comida.

A veces, los mayores hablaban del pasado con tristeza, de la Guerra de los Mil Días, de los enfrentamientos en la capital del país, del Nueve de abril; de



tiempos lejanos, que ni mi hermano mayor ni yo entendíamos, de días en los que muchas personas habían desaparecido. También decían, con temor, que ojalá no se repitieran todas esas desgracias.

—LOS SIN SOMBRA —me dijo mi hermano en secreto—, ellos son los que se llevan a la gente.

No le hice caso y pensé que era otra de sus historias inventadas.

Una mañana, al salir de la casa, vimos el sol cubierto por un círculo rojo, como si su fuego quisiera llegar a la Tierra. Con la cara arrugada, mi papá dijo:

—Es el color de la sangre. Mal agüero.

—Nada malo va a ocurrir —lo consoló mi mamá.

Yo pregunté qué quería decir «mal agüero»; mi hermano mayor me explicó que es un presagio, una advertencia, una señal de que algo malo venía.

—LOS SIN SOMBRA —dijo de nuevo mi hermano.





UN CANTO SECRETO

Al día siguiente, cerca de la finca donde estaba ubicada nuestra casa, en el pequeño bosque de bencenucos —unos árboles que dan flores rojas—, apareció un pájaro de color gris castaño y una cresta rojiza y negra. Se paró sobre una rama y empezó a silbar, como si cantara para nosotros.

—Es un Trespiés —dijo mi papá—. No es de por estos lados.



—Es el pájaro que anuncia las desgracias —exclamó mi mamá con la voz temblorosa.

El pájaro silbó tres veces; mi mamá dijo que su sonido era muy triste, a mí no me pareció.

—Nada malo va a pasar —la tranquilizó mi papá—. Es solo un pájaro, los cantos de los pájaros no dicen nada —agregó, aunque miraba con desconfianza al ave.

Mi hermano ahuyentó al pájaro lanzándole piedras:

—Vete, pájaro de mal agüero —le gritó.



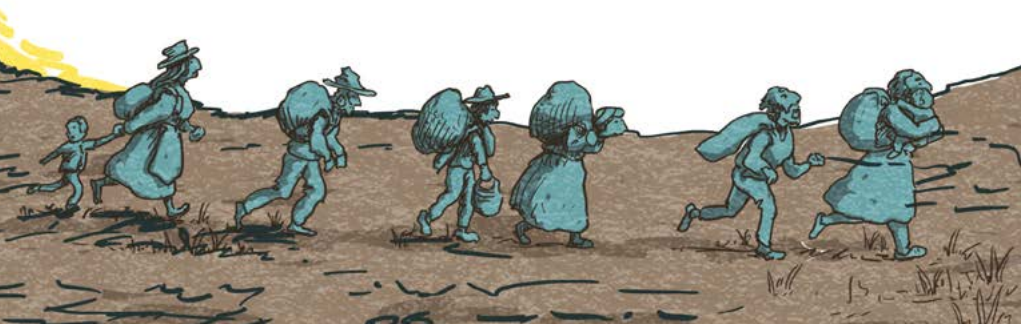




ALGUNA VEZ FUERON COMO NOSOTROS

Poco después, al atardecer de la siguiente semana, algo muy malo pasó en nuestra tierra.

Cerca de nuestra finca, según nos contó un vecino, unos hombres sacaron a la gente de sus casas y la obligaron a marcharse de sus tierras. Mis amigos me contaron que a sus familiares que vivían en la región también los habían amenazado.



Mi hermano me dijo que esos hombres que estaban expulsando a los de nuestro pueblo eran LOS SIN SOMBRA.

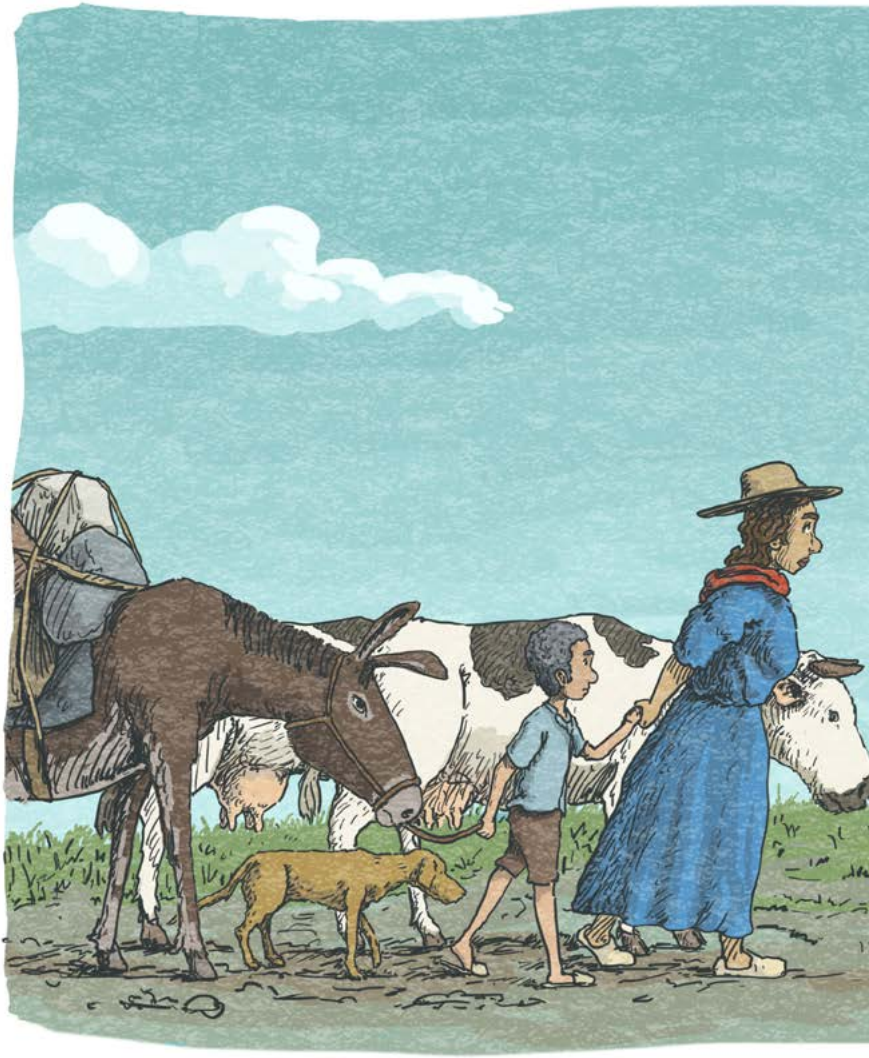
—Esto se puso feo —anunció mi papá. Noté que su pelo ahora estaba más blanco—. Tenemos que irnos. A los que no se van, los están desapareciendo.

Yo no entendía por qué debíamos dejar la finca. No me quería ir, pero mis papás empezaron a empacar algunas cosas sin decir nada más. Esa noche, antes de partir, pensé en que tal vez nunca volvería a jugar con mis amigos. Lloré hasta quedarme dormido.

El canto del pájaro Trespiés me despertó. Ya era hora de dejar la casa. El ave empezó a silbar y su música se metió en mi cabeza. Ahí entendí por qué mi mamá decía que su canto era triste.

—Ya se acercan LOS SIN SOMBRA —me advirtió mi hermano.

Entonces, salimos lo más rápido que pudimos, llevando algunos burros y media docena de vacas.











EL FRÍO QUE VINO DE LEJOS

Avanzamos a buen paso, rumbo a la parte alta de la montaña, hacia la finca de un tío. El viento nos golpeaba el rostro. Los animales querían detenerse.

—Hace mucho frío —le dije a mi mamá.

Mi papá me dio una ruana y un sombrero para protegerme. Eran la misma ruana y el mismo sombrero que alguna vez habían sido de mi abuelo. «Si aguan-



taron tantos años, seguro me van a proteger», pensé.

Durante el camino, ya lejos de la casa, vi de nuevo al pájaro Trespiés. Parecía que nos estaba siguiendo. Mi hermano también lo reconoció y repitió:

—Ave de mal agüero.

Yo no pensaba lo mismo del pájaro. Mi hermano también tenía frío, así que ya no tuvo fuerza para lanzarle una piedra.

Cuando llegamos a la casa de mi tío, no encontramos a nadie. Al parecer, él y su familia se habían marchado. Allí



nos refugiamos, escapando del frío y de LOS SIN SOMBRA.

Unas dos semanas después, la comida empezó a escasear, así que tuvimos que bajar de regreso hasta nuestra casa para agarrar algunos plátanos y yucas. Cuando estábamos cargando los burros con la comida, aparecieron dos de LOS SIN SOMBRA. Tan solo le dijeron a mi papá que debía acompañarlos. Asustados, mi mamá, mi hermano y yo no fuimos capaces de decir nada.



Ellos saludaron a mi papá y luego se lo llevaron. Mientras se alejaban, al mirar hacia el piso, confirmé que eran LOS SIN SOMBRA.

Pensé que nunca más volvería a ver a mi papá, como había ocurrido con las familias de muchos niños y niñas que conocíamos. Mientras esperábamos noticias, de nuevo apareció el pájaro Trespiés.

Esta vez, me miró fijamente.

—¿Eres un ave de mal agüero? —le pregunté.

No respondió. Apenas lanzó un silbido, uno muy agudo que me hizo temblar. Me pareció que ahora era más grande.

Hizo varias piruetas y se alejó.

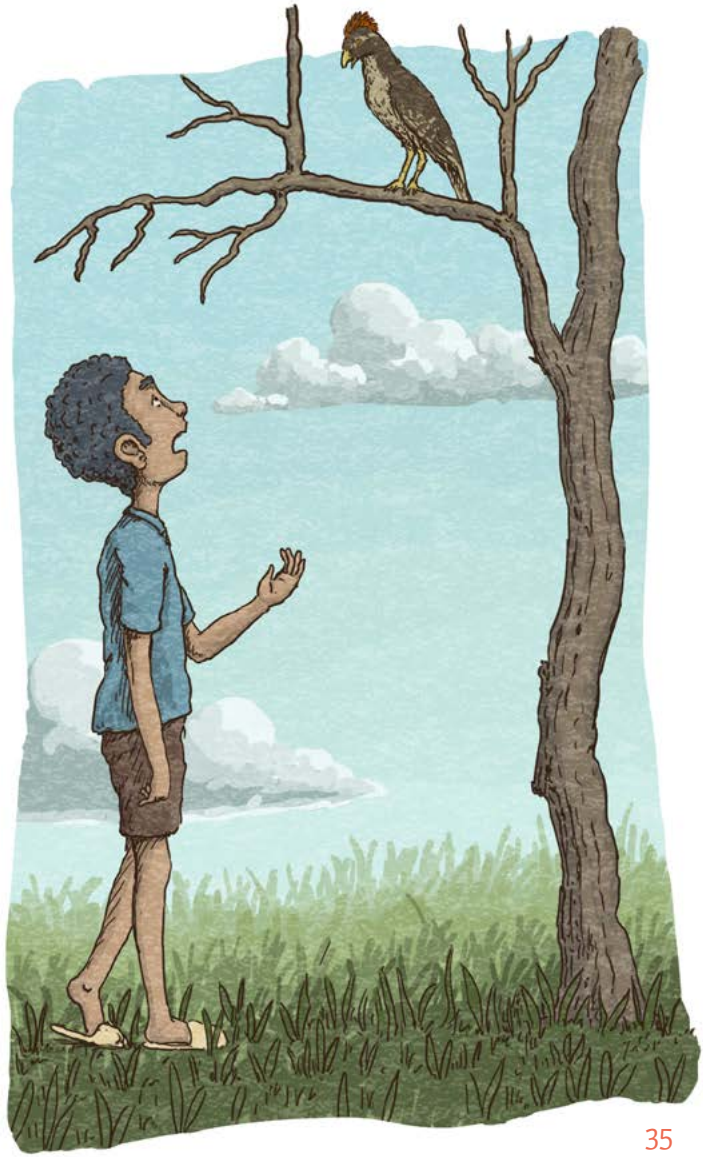
Mi mamá no paraba de llorar. Mi hermano trataba de consolarla. Nos quedamos en nuestra vieja casa esperando, limpiando el polvo que se había apoderado del lugar.

En la noche, mi papá regresó. No lo habían lastimado. Nos alegramos de tenerlo a nuestro lado, pero volvió a decir:

—Esto se puso feo —No solo su pelo estaba más blanco, sino que tenía más arrugas, como si esa tarde hubiera envejecido diez años—. Tenemos que irnos más lejos, ya saben que estamos en casa de mi hermano.

No quiso contarnos qué pasó. Aunque le preguntamos varias veces, no dijo nada. Solo repitió que debíamos irnos. Yo estaba seguro de que LOS SIN SOMBRA le habían advertido que se fuera.

De nuevo, nos marchamos en la madrugada, con el sol cada vez más rojo, como si se fuera a caer del cielo.



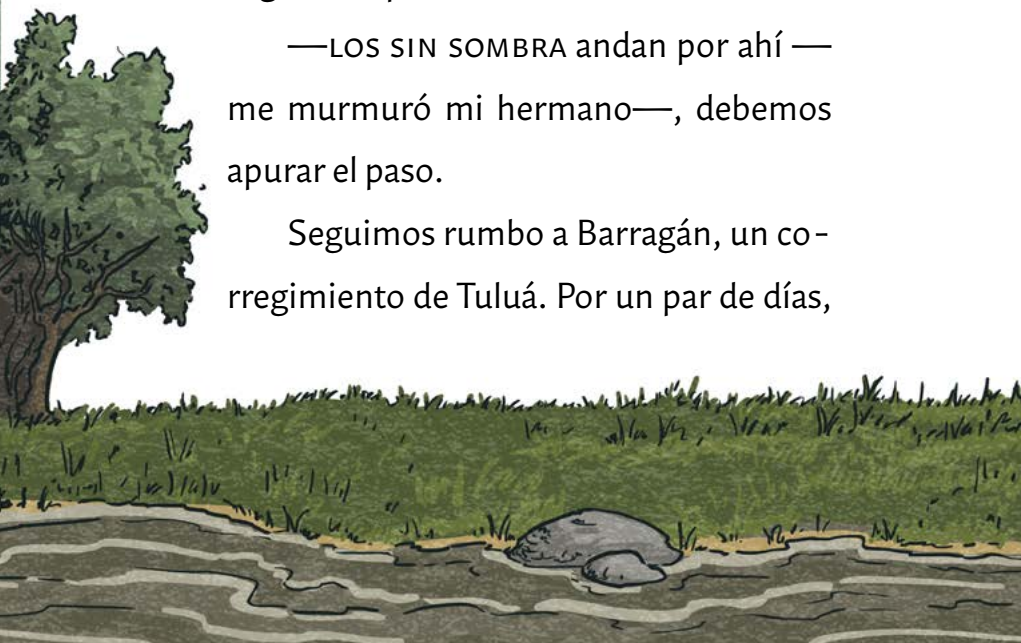


EL TIEMPO CONGELADO

Nos dirigimos hacia el Valle, pasando por la Cordillera Central. Cada vez hacía más frío y me dolía todo el cuerpo. Mi papá tenía conocidos en esa zona: al llegar cerca del río Bugalagrande, tuvo que vender el ganado que llevábamos.

—LOS SIN SOMBRA andan por ahí —me murmuró mi hermano—, debemos apurar el paso.

Seguimos rumbo a Barragán, un corregimiento de Tuluá. Por un par de días,



el sol nos cubrió, pero cuando empezamos a subir la Cordillera, hasta llegar muy alto, a tres mil metros de altura, el frío no tuvo piedad de nosotros.

Durante el camino, atravesamos el páramo, donde llovía todo el tiempo y el granizo nos congelaba la piel. Ya ninguno de nosotros hablaba, solo dábamos paso tras paso. Noté que el pájaro Trespiés nos seguía, parecía no tener frío. Estuve a punto de caer desmayado, pero su canto me daba algo de energía para seguir adelante.

Por fin, encontramos una finca.

Los que vivían allí no se habían marchado. Ellos eran amables y nos ayudaron

a quitarnos la ropa mojada. El sombrero y la ruana me habían protegido, pero estaban tan mojados que ya no daban para más. Nos sentamos junto a una fogata para descongelarnos.

Por culpa del frío y la lluvia, me enfermé. Acostado en una cama, temblando por la fiebre, vi al pájaro Trespiés parado en la cornisa de la ventana.

—No soy ave de mal agüero —me dijo y se escapó.

Mi mamá le dijo a mi papá que tenían que darme un remedio hecho con una planta que curaba las enfermedades. En esa finca, no tenían esa planta, así que mi

papá tuvo que ir a buscarla. Pasaron, creo, un par de horas y mi papá regresó con la hierba. Estoy seguro de que el pájaro Trespiés le ayudó a encontrarla. Pusieron a hervir las hojas y me la dieron a beber. No sabía bien y casi no me la trago, pero un brillo en los ojos de mi mamá me convenció de tomarla.

Dormí mucho tiempo. Soñé que los SIN SOMBRA nos perseguían. Cambiaban de forma, a veces tenían caras de personas conocidas y de repente sus rostros eran extraños. A uno con aspecto de joven, le pude preguntar por qué había



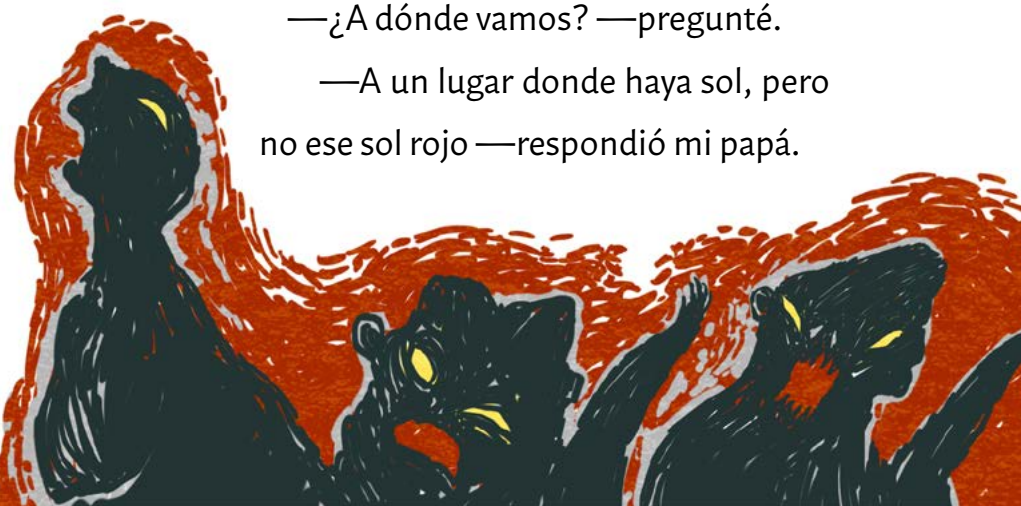
perdido su sombra. «La guerra nos quita todo», respondió con la mirada vacía.

Al despertar, lo primero que vi fue al pájaro Trespiés parado junto a la cama. Silbó tres veces alegre. Yo ya no tenía fiebre y me sentía bien.

Cuando todos nos recuperamos, emprendimos nuestro camino. Esta vez, llevamos panela, arroz y chocolate. Para subir a la cordillera, había una cuesta de siete horas.

—¿A dónde vamos? —pregunté.

—A un lugar donde haya sol, pero no ese sol rojo —respondió mi papá.



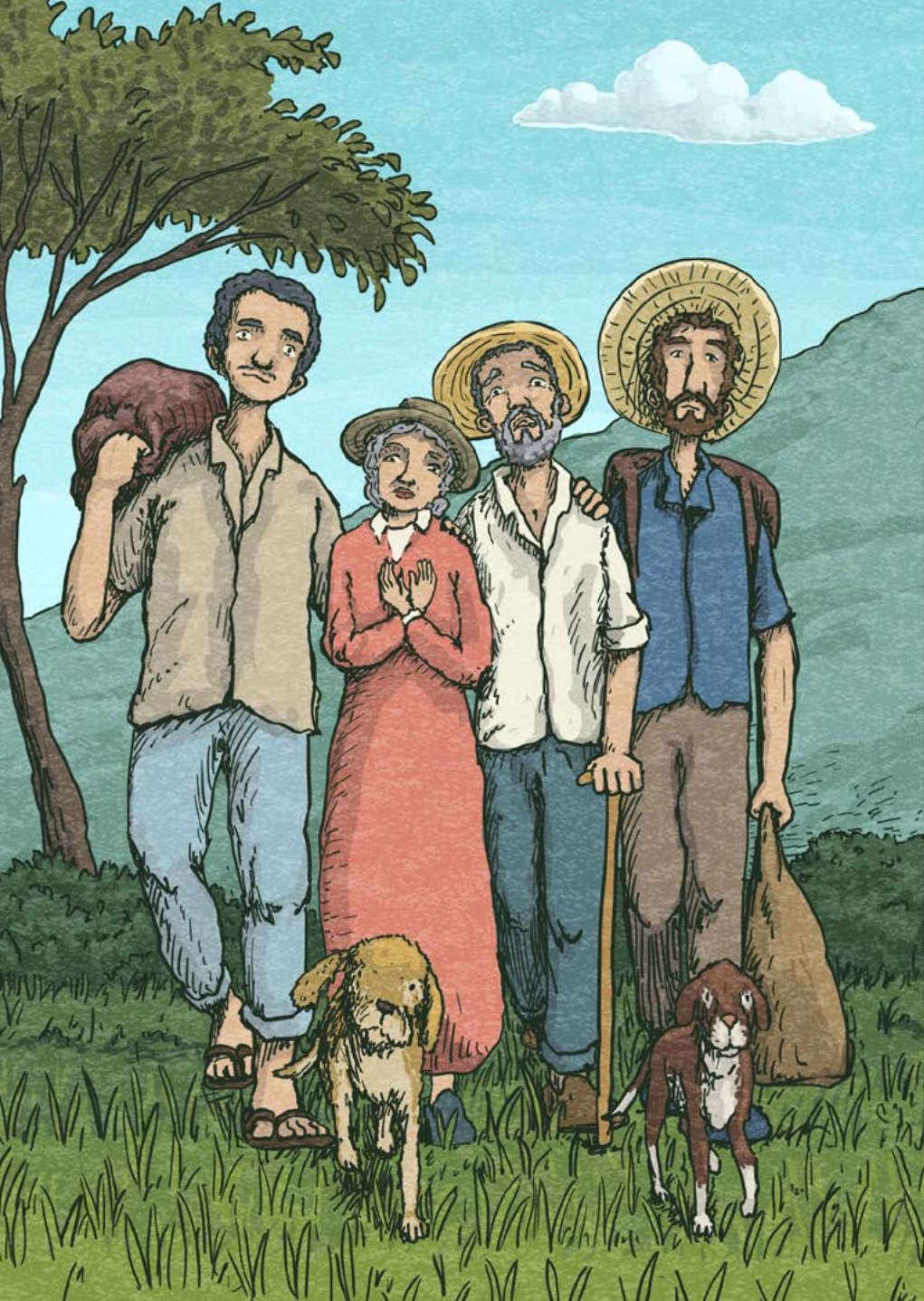
—Al Tolima —dijo mi mamá.

—¿Podemos volver al Salado? —dije.

—Todavía no —respondió mi mamá.

El pájaro Trespiés voló sobre mi cabeza y se perdió en el horizonte. No lo volví a ver durante el camino.





AUGURIOS DE LUZ

Pasamos mucho tiempo lejos de El Salado. A nuestro nuevo refugio, no llegaron LOS SIN SOMBRA. Los lugareños nos contaban noticias de que la gente seguía dejando sus casas y que a otros los seguían desapareciendo. Yo vivía con miedo de tener que huir de nuevo y siempre miraba a las personas que se acercaban a nuestra nueva casa para descubrir si tenían o no sombra. También me fijaba si mi familia o yo no habíamos perdido nuestra sombra.



Allí el sol era pálido y parecía estar más lejos de la Tierra.

Y el tiempo pasó sin preguntarnos por el pasado, sin devolvernos a los desaparecidos, sin regresarle sus sombras a los que la habían perdido.

Cuando por fin pudimos regresar, yo ya no era tan pequeño. LOS SIN SOMBRA, al parecer, se habían marchado de nuestra región. Todo el pueblo había sido destruido y nuestra casa estaba en ruinas.

—Nos queda la tierra —dijo mi papá.

—Si aguantamos el frío, aguantaremos lo que sea —dije.

El pájaro Trespiés apareció y se paró donde alguna vez estuvo nuestro patio. Silbó varias veces saludándonos. Mi hermano por fin le sonrió.

—Pájaro de buen agüero —dije animado.

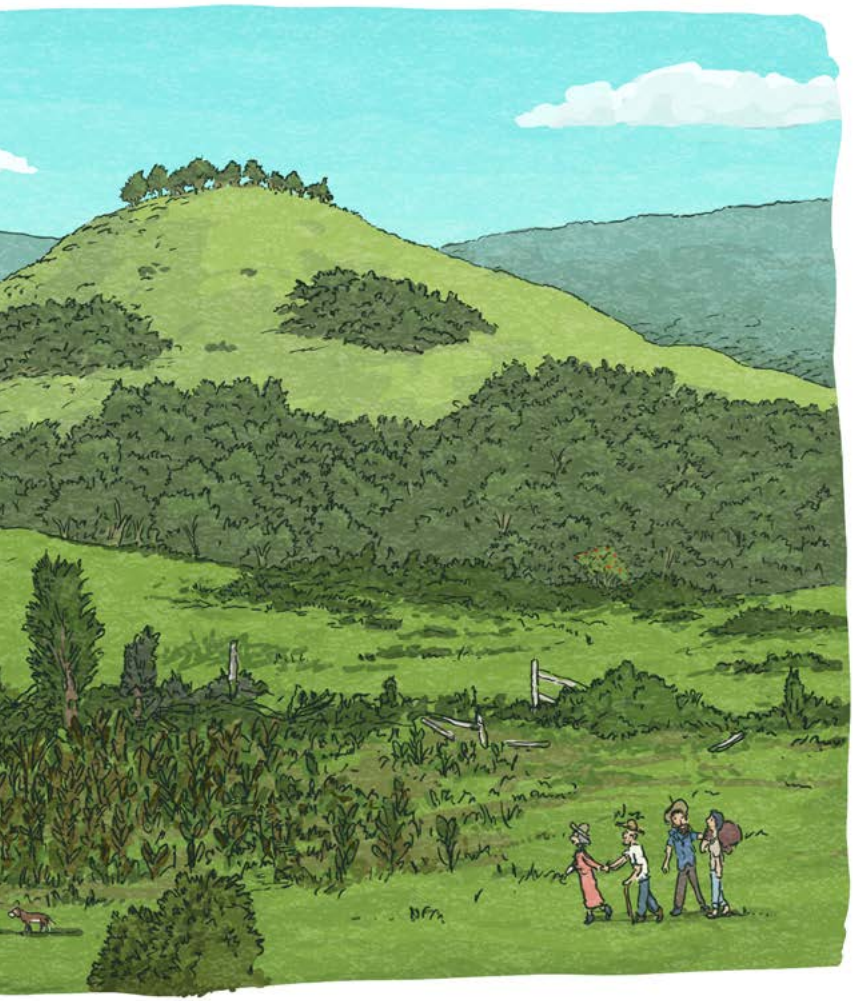
—Pájaro de buen agüero —dijo mi mamá.

El ave voló sobre nuestras cabezas y se alejó.

Todos miramos hacia el cielo.

El sol ya no tenía un círculo rojo. Ahora, un halo blanco lo rodeaba, como si sonriera.







El cuento que acabas de leer es una derivación para niños del testimonio «En el campo le daban interpretaciones a eso» incluido en ***Cuando los pájaros no cantaban****, tomo testimonial del Informe final de la Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición.*

Las páginas de este libro fueron diagramadas con la tipografía Epica Sans, del diseñador nacido en Pasto, Nariño, Oscar Guerrero Cañizares.

AVE DE MAL AGÜERO
Colección:
Cuando los pájaros no cantaban: versión para niños y niñas
1era edición, enero 2026
ISBN 978-958-717-294-2

Se prohíbe la venta total o parcial de esta publicación. Se autoriza su reproducción gratuita para fines de investigación, incidencia y educación, siempre que se reconozca la fuente.

Libro impreso en Colombia por Panamericana formas e impresos S.A.

COMITÉ EDITORIAL
Editor
Juan Sebastián Montoya

Escritor - Derivador
Miguel Mendoza Luna

Ilustrador
Rafael Yockteng

Diseño Editorial
Elizabeth Cuervo

Tipografía de interiores: Epic Sans
Oscar Guerrero Cañizares

DIRECCIÓN GENERAL, SELECCIÓN Y CUIDADO DE TESTIMONIOS ORIGINALES
Alejandro Castillejo – Cuéllar
Ex comisionado de la Verdad

Andrea del Pilar Mora Manrique
Jefferson Gallego Figueredo
Jorge Andrés Bautista Bulla
Juan Camilo Aljuri Pimiento
Katherine López Rojas

Las historias que componen esta colección fueron derivadas del Tomo Testimonial «Cuando los pájaros no cantaban» del Informe Final de la Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición – CEV.

El Centro de Memoria, Paz y Reconciliación y la Fundación PLAN han realizado todos los esfuerzos posibles para garantizar la precisión de la información contenida en esta publicación al momento de su impresión.

Para más información sobre el uso, reproducción o impresión de esta publicación, por favor contactar a:

Equipo de Comunicaciones – Fundación PLAN
comunicaciones@plan.org.co

Equipo Centro de Memoria, Paz y Reconciliación
centromemoriaypaz@alcaldiabogota.gov.co

Alcalde Mayor de Bogotá
Carlos Fernando Galán Pachón

Secretario General
Miguel Silva Moyano

Oficina Consejería Distrital de Paz, Víctimas y Reconciliación – OCDPVR
Isabelita Mercado Pineda

Directora Centro de Memoria, Paz y Reconciliación – CMPR
Andrea del Pilar Mora Manrique

Equipo Centro de Memoria, Paz y Reconciliación
Jorge Andrés Bautista Bulla
Jefferson Gallego Figueredo

Fundación PLAN
Presidenta Fundación PLAN
Ángela Anzola De Toro

Vicepresidenta Programática Fundación PLAN
Pamela Escobar Narváez

Vicepresidente de Operaciones Fundación PLAN
Christian Medina López

Directora de Implementación y territorio
Martha Espinosa

Directora de Investigación y Lineamientos Técnicos
María Fernanda Ariza Beltrán

Gerenta de Comunicaciones
Karen Gálvez Cubides

Gerencia de Proyecto
Dora C. Rodríguez Avendaño

Equipo técnico
Profesional especializado
Camila Gómez

Coordinadora de Proyecto
Melissa Marroquín Real

Profesional líder del Proyecto
Paola Piracoca

CENTRO de MEMORIA PAZ Y RECONCILIACIÓN
ALCALDÍA MAYOR DE BOGOTÁ D.C.

PLAN INTERNATIONAL
Por la niñez en Colombia

CONSEJERÍA DISTRITAL DE PAZ, VÍCTIMAS Y RECONCILIACIÓN
BOGOTÁ

LEGADO COMISIÓN DE LA VERDAD

Con apoyo de:

Universidad de los Andes Colombia





¿Has oído hablar del pájaro Trespiés? Dicen que su canto trae la desgracia, un augurio que se pone sobre quienes lo escuchan. Cuando una familia se ve obligada a escapar de su hogar bajo una lluvia torrencial, acosada por la amenaza de unos misteriosos SERES SIN SOMBRA, el miedo parece ser su único compañero.

A medida que la tormenta los sigue y el páramo los congela, su destino se entrelaza con la leyenda de esta enigmática ave. Pronto, descubrirán que la verdadera magia del pájaro Trespiés no es la que todos creen.

ISBN: 978-958-717-294-2